-; Oh! Yo te suplico....- murmuró con aire profundamente desdeñoso.

—Y qué : ¿intentas faltar á la fidelidad que me debes?

-; La fidelidad que te debo?.... ¿En virtud de qué, amigo mío?....; Es en virtud del juramento que nos hemos hecho al pie del altar de un Dios en que tú no crees ni yo tampoco ?.... | Rah bah! Tú no eres un niño, y sabes bien que no hemos hecho más que complir aquel día una fórmula convencional y conveniente. La sociedad, hasta nueva orden, no concede los benefici. Tel matrimonio mas que á los que han pasado por esa formalidad.... Con esta condición solamente les recibe cortésmente, les concede un lugar en sus salones y un rango en el mundo.... Era preciso transigir con la costumbre; pero, por lo demás, veam's: ¿ qué es el matrimonio entre personas como tú y yo?.... Una sencilla asociación, con objeto de obtener ventajas comunes y generales, que empieza, sin duda, por cierto atractivo recíproco, pero que no puede fundarse sobre el absurdo contra naturaleza del amor eterno del mismo hombre á la misma mujer y de la misma mujer al mismo hombre.

Querida Sabina (contesté), verdaderamente no hay manera de enojarse contigo. Cuando se va sintiendo el peso de los anos, como yo, se duerme uno alguna vez al tado de la chimenea.... Es un inconveniente que podré evitar, sin duda maia tas tu me honres con tan agradables y regocijadas confidencias.

— Celebro mucho, amigo mío (me dijo), que tomes con tan buena voluntad y tan buen gusto la confidencia que te acabo de hacer.... Un tonto se habria incomodado. Confieso que he estado un poco dura en la forma....; pero estaba furiosa por no haber ido á ese espectáculo de estanoche....; Por qué me has impedido ir?....

-¿ Es decir, que debo considerar una

broma, una humorada, todo lo que me has hecho el honor de decirme y predecirme esta noche?

-¡Ah! No, eso no. Y no retiro ni una palabra....; no retiro nada más que mi mal humor...., que ya se ha pasado.... Te he dicho la verdad, y tú lo comprendes bien; el matrimonio debe ser para nosotros lo que era para los caracteres libres del siglo último: un pabellón respetable, bajo el cual cada uno conserva su independencia.... Somos amigos, y espero que lo seguiremos siendo...; pero ; amantes.... siempre?.... ¿ Es eso natural? ¿Es eso posible?.... Bien sabes que no.... ¿Y entonces?.... ¿ Nos vamos á engañar reciprocamente con supercherías miserables? No; no hay más que una conducta que sea razonable y digna de nosotros: continuar gozando de los privilegios que el matrimonio nos asegura en el mundo, y aprovechar al mismo tiempo las ventajas de la mutua libertad.

Esa es, amigo mío, la verdadera teoría de la vida: obrar con la sociedad como con la naturaleza, es decir, tomar las ventajas que nos ofrece, rechazando las servidumbres que pretende imponernos.

—Me parece, amable Sabina (contesté), que te equivocas suponiendo que tengo tan buen estómago, que pueda digerir cada veinticuatro horas tus teorías sobre la naturaleza y sus servidumbres.... Soy un hombre demasiado poco instruído para intentar combatir doctrinas que tienen por base los serios estudios que tú has hecho. Así, pues, te pido permiso para besarte las manos, y te deseo muy buena noche.

Y me retiré. Creo poder decir que mi retirada, en una situación tan embarazoza, no dejó de ser oportuna y digna. Pero no estoy orgulloso por eso.

Tales fueron los términos de nuestras relaciones conyugales en aquella deliciosa noche, y tales han sido después. De

y y calebrate

30 Marzo.

una parte y de otra existe una sorda hostilidad, y, mejor dicho, un ódio naciente que se disimula más ó menos bajo las formas de una amable ironía. La existencia común ha sido posible hasta ahora, gracias á las distracciones mundanas que acortan mucho los instantes. De todas suertes, existe desde este momento una verdad que se impone, y es que mi gundo matrimonio amenaza ser tan desgraciado como el primero ; sicaso más...? Pero esta vez tengo el dichoso consuelo de tener enfrente de mi un adversario que se defiende. ... no es como aquella pobre Alieta, aquella sensible y delicada criatura, que era una crueldad solo mirarla con enojo. Puesto que se dice que el matrimonio es un combate, aún debe uno considerarse favorecido cuando este combate es con armas iguales. Esto anima, esto excita.... No es la felicidad, lo conieso; pero, vamos, es la vida.

Ayer noche me divertí mucho.... Pero procedamos con orden.

Como consecuencia de las declaraciones tan explícitas de mi mujer, he debido comprender que un día ú otro tendría que sostener la lucha, no por la vida, sino por el honor. He procurado convencerme, como mi mujer me aconsejaba, de que nuestros deliciosos antepasados del sigle último estaban en lo cierto cuando se dispensaban mutuamente, y hasta cuando se confiaban sus travesuras y deslices conyugales. Annque estoy exento de muchas preocupaciones, no puedo elevarme á tan alto grado de filosofia. Confieso que, en buena lógica, mi mujer tiene razón en sus teorías sobre el matrimonio. Tiene razón en decir que el amor único y perpetuo del mismo hombre à la misma mujer, y reciprocamente, es

302

un absurdo contra naturaleza. Es verdad que las creencias espiritualistas tienen solamente la virtud de eternizar la fidelidad conyugal, porque no consagran únicamente en el matrimonio el atractivo, el encanto pasajero de dos cuerpos y dos caracteres, sino que pretenden unir dos almas inmortales. Es también cierto que entre dos francos materialistas como mi mujer y yo, el matrimonio, perdiendo su base religiosa, no es más que un comercio social, y que parece razonable entenderse amistosamente los cónyuges para gozar de sus ventajas y evitar los perjuicios. Sí, todo esto es perfectamente científico. Pero hay que creer que los procedimientos de la ciencia no son aplicables á todas las cosas de este mundo, y en particular à las cosas del orden moral.... En cuanto á mí, confieso que había llegado, hace quince días, á fuerza de lógica, á persuadirme de que las teorías de mi mujer eran legítimas, y de que yo daría pruebas de un concepto superior de la vida aceptando el pacto de independencia recíproca que me había propuesto. Pero cuando abría la boca para comunicarle mi resolución, mis palabras se quedaron en la garganta, porque, á pesar de toda la lógica del mundo, sentí que iba á cometer una cobarde infamia. Hay, á no dudar, algunas preocupaciones de que yo no me desprenderé jamás, y siempre seré, respecto de ciertas cosas, un carácter débil.

LA MUERTA.

Dábase anoche en la casa de la vieja Duquesa una representación teatral, que se componía de cuadros vivos, en que mi mujer debía representar muchas figuras.

Su belleza escultural se presta admirablemente á este género de exhibiciones. Yo no la acompaño ya en los salones tan asiduamente como antes; pero aún la sigo algunas veces, para guardar las formas, y también para enterarme de ciertas cosas. Desde aquella advertencia

que tuvo la amabilidad de hacerme, no podía dudar que tuviese en la cabeza algún otro amor, y me preocupaba, con un interés fácil de comprender, cuál sería el objeto de su amor. No me costó mucho trabajo conocerle. Mi mujer, que me ha visto muy enamorado de ella, y que, por consiguiente, me desprecia altamente, no ha creído que debía usar muchos miramientos conmigo. Existe en una de las grandes embajadas en París un joven Príncipe, de notable belleza y apostura, cuyas atenciones y solicitudes respecto de mi mujer no son hace algún tiempo un misterio para nadie. Los encuentros en el Bosque, en el teatro, en el baile y hasta en mi propia mesa, eran demasiado frecuentes para que pudieran parecer casuales é inocentes, ni siquiera á un marido. Sin embargo, en cuanto yo puedo tener competencia sobre ciertas materias, creo que las cosas no han pasado de los límites de la coquetería. Debo decir que no estimo al Príncipe. Aparte todo sentimiento de celos, me desagrada profundamente; es un hombre alto, moreno, con grandes ojos de escarabajo y largos bigotes colgantes, de los que parece estar muy ufano; enseña los dientes á la manera de las figurantas del cuerpo de baile, con una sonrisa perpetua. Su satisfacción de sí mismo es evidente, indiscutible.

El Príncipe figuró en muchos de los cuadros vivos, y su gran presencia, sus soberbios trajes y sus deslumbradores dientes bajo sus bigotes negros, fueron objeto de admiración general. En fin, apareció con mi mujer en un grupo de dos personajes que representaban Judit y Holofernes. En el momento de levantarse el telón, Judit, teniendo en una mano la cuchilla, se apoyaba con la otra en el lecho de Holofernes, y se inclinaba para asegurarse, antes de dar el golpe, de que estaba dormido. Era verdaderamente muy bonito ver á los dos en

esta situación; mi mujer mostrando su mano blanca sobre la piel de oso que cubría el lecho, y fijando sus grandes ojos salvajes en el rostro de la víctima. El Príncipe, con los labios entreabiertos por la sonrisa de un dulce sueño, con sus discos de oro en las orejas, y la barba peinada al estilo asirio.

Se pidió la repetición del cuadro.

Yo estaba en el escenario, donde desempeñaba las importantes funciones de director de escena. Desde mi puesto de privilegio vi, ó creí ver, que en el momento en que bajaba el telón, el rostro de Judit y el de Holofernes, ya muy cerca el uno de otro en el curso de la representación, se acercaban mucho más.

Tuve la suerte, un minuto después, de poder hacer un pequeño servicio al Príncipe. Se trataba de ayudarle á deshacerse de su barba asiria, que había tenido que sujetarse con un aparato de cordones, muy complicado á la verdad. Cogí con presteza un par de tijeras, y le corté los cordones; pero al mismo tiempo, sin duda por estar distraído, cometí la torpeza de cortar parte de los largos bigotes del Príncipe. Le presenté mis excusas inmediatamente; pero tenía una cara tan graciosa con la parte de bigote que le quedaba, que no pude menos de soltar la carcajada, á la vez que le presentaba mis excusas. No las aceptó.—Nos hemos batido esta mañana en Meudon, y le he dado una estocada que le ha atravesado el hombro. La aventura divierte mucho al público, y parece mortificar un poco á mi mujer.

10 Abril.

Nada nuevo. Siempre el mismo delicioso interior, embellecido por una mutua confianza. Mi mujer medita su revancha con una calma alarmante. Durante la comida me suele lanzar unas miradas, en las que no encuentro ni sombra de ternura. Pero no importa: yo sigo por mi parte ostentando la misma irónica indiferencia. Porque yo tampoco la amo. Su cinismo pedantesco, su inmoralidad por razón demostrativa, tienen para mí algo repugnante, que priva á mis ojos á Sabina de todo encanto femenino. Además, con sus pasiones sin freno, sus curiosidades sin prudencia y su descoco, me prepara, estoy seguro, mil sorpresas interesantes, contra las que es posible que no siempre me baste la espada para defenderme. La veo intimar mucho con una rusa de quien no se habla bien. Hay que convenir en que tuve una felicísima idea cuando me ocurrió confiar á esta abominable criatura mi reposo, mi nombre y mi honor.

Valmoutiers 20 de Abril.

Á pretexto de algunas reparaciones urgentes en mi finca, he venido á pasar

una semana para respirar un poco el aire.

De orden mía se ha tenido cerrada y sellada la habitación de Alieta desde el día en que salió la desdichada tendida en el ataud.... He vuelto á entrar en aquella habitación, y he percibido con delicia y con pena el vago olor de sus perfumes favoritos. ¡Pobre Alieta!¡Si yo hubiera podido, como tú lo deseabas tan ardientemente, mi pobre querida mujercita, participar de tus dulces creencias y asociarme á la vida de paz, de amor y de honradez en que soñabas!....¡Esa vida hubiera sido un paraíso para los dos, y mi vida de hoy es un infierno!

¡Qué escena tan horrible en esta habitación! Bien la recuerdo.... Aún veo la última mirada que me dirigió...., una mirada de espanto y terror.... ¡Qué pronto, qué súbitamente murió, como herida del rayo!.... ¡Y el estupor de aquel desgraciado Tallevaut!

Me he instalado en esta habitación.

Pero permaneceré aquí poco tiempo. Pienso ir à pasar algunos días en Varaville. Tengo muchos deseos de ver á mi hija, de ver su amado rostro de ángel, que me recuerda el de su pobre madre.

Valmoutiers 22 Abril.

¡Qué cambio tan grande en el mundo desde mi infancia, y aun desde mi juventud! ¡Qué maravillosa mudanza en tan poco tiempo, en el medio moral en que respira mos! Estábamos entonces como impregnados de la idea de Dios, de un Dios justo, pero benévolo y paternal.... Vivíamos verdaderamente bajo su mirada protectora, como bajo la protección de un padre, con temor y respeto, pero con la más tranquila confianza.... Nos sentíamos sostenidos por su presencia invisible, pero cierta.... Le hablábamos, y parecía que nos contestaba. Aho-

ra, ahora nos sentimos solos y como abandonados en el universo inmenso.... Vivimos en un mundo duro, feroz, odioso, donde la lucha por la existencia es la ley única y cruel; donde no somos otra cosa que elementos desencadenados, que combaten unos con otros con un egoismo feroz, sin piedad, sin auxilio, sin esperanza en una justicia final.... Y sobre nosotros nada...., ó peor que nada....: una divinidad indiferente, irónica y bárbara...., en lugar del Dios bondadoso de nuestra venturosa juventud.

Valmoutiers 23 Abril.

La madre de Alieta, la señora de Courteheuse, estaba enferma hacía mucho tiempo; un parte que recibo con retraso de París, me anuncia su muerte. Parto para Varaville. No puedo dejar allí á mi hija. La única persona de su familia que queda allí es su anciana tía, la señorita de Varaville, que está caduca. Mi hija va á tener diez años, y no puedo abandonarla en manos mercenarias. Estoy decidido á traérmela, ó para conservarla á mi lade, ó para llevarla á un colegio ó á un convento de París. Trataré este punto con el Obispo, tío de Alieta. La presencia de esta niña me dará fuerzas para soportar muchas cosas.

Varaville 27 Abril.

....Un instante...., un minuto, en esta habitación donde me encerraba con la pobre muerta, un pensamiento horrible se ha apoderado de mí....; pero le había lanzado como un sueño de locura...., y he aquí que este sueño, que esta locura, es la realidad, la horrible realidad.

¿ Escribiré yo esto?.... Sí, lo escribiré. Debo escribirlo, porque desde ahora, este diario, tan jovialmente comenzado, no es otra cosa que un testamento, y si llego á morir, es preciso que mi secreto no muera conmigo. Es preciso legar mi secreto á los protectores naturales de mi hija. Esto importa á sus intereses, y acaso á su vida.

He aquí lo que ha pasado. Avisado muy tarde, como he dicho, no he podido llegar á tiempo de asistir al entierro y funerales de la señora de Courteheuse.

La familia se había dispersado ya, y sólo he encontrado aquí al hermano de Alieta, Gerardo de Courteheuse, que es ya capitán de fragata. Le he comunicado mis proyectos respecto de mi hija, y los ha aprobado. Mi intención era llevar con mi hija su antigua criada Victoria Genest; pero esta criada es muy vieja, está enferma, y no me ha inspirado nunca gran simpatía, y, además, su actitud respecto de mí, desde la muerte de mí mujer, ha sido siempre desabrida, rayando

casi en la hostilidad. Sólo en obsequio á la memoria de Alieta sufría con paciencia el avinagrado gesto y el constante desabrimiento de esta mujer.

La he llamado al cuarto de Juana, mientras la niña jugueteaba en el jardín.

—Querida Victoria (la he dicho): mientras la señora de Courteheuse ha vivido, he considerado mi deber dejarla su nieta, á quien tanto quería. Nadie mejor que ella podía cuidarla y educarla. Mi deber ahora es encargarme yo mismo de su cuidado. Voy, pues, á llevar á Juana á París, y espero que V. la querrá acompañar y continuar á su servicio.

En cuanto comprendió mi intención, la vieja se puso pálida, luego lívida, y vi que sus manos se agitaban con un ligero temblor nervioso. Me miró fijamente con sus ojillos grises, y me dijo:

-El señor Conde no hará lo que dice.

—Sí, señora, que lo haré. Aprecio mucho las cualidades de fidelidad y de lealtad que V. posee, y le he de agradecer en gran manera que continúe dispensando á mi hija sus cariñosos cuidados. Pero, por lo demás, entiendo ser sólo yo el dueño de mi casa, y disponer como crea conveniente la educación de mi hija.

Victoria puso su mano sobre mi brazo.

—¡Por Dios, señor Conde, no lleve V. su hija á su casa de París!

-Pero, mujer, ¿ está V. loca?....

—¡Oh! No, señor; no estoy loca..., aunque he tenido motivos para perder la razón.

Su mirada fija y rígida no se apartaba de mis ojos, y parecía querer penetrar con su mirada hasta el fondo de mi alma.

—Jamás lo he creído (dijo); jamás lo he podido creer.... Pero si lleva V. la niña á París, lo creería.

—Pero ¿qué quiere V. decir? Hable V. claro.

Bajó mucho la voz.

-¡Creería (dijo pausadamente) que sabe V. cómo murió su madre...., y que quiere V. que la hija muera como murió la madre!

-¿Como la madre?....¡Morir como la madre!-exclamé lleno de espanto.

-Sí...., por la misma mano.

Mi frente estaba empapada en sudor, y sentí angustias de muerte. Sin embargo, todavía rechazaba la aterradora luz....

—¡Victoria! (le dije): ¡cuidado!.... No es V. una loca, en efecto....; es V. peor que eso.... El odio que tiene V. á la que ha reemplazado á mi primera mujer, ese odio ciego é implacable, le inspira á V. esas palabras odiosas...., criminales.

—Pues bien, señor.... (gritó la vieja con salvaje energía): después de lo que he dicho á V., lleve V. su hija al lado de esa mujer...., si se atreve V.

Di algunos pasos por la habitación, aturdido, loco, y volví á detenerme enfrente de la anciana. —Pero ¿cómo es posible creer lo que V. dice? (le pregunté.) Si tuviera V. la más leve prueba de lo que ahora dice, ¿cómo era posible que hubiese V. callado tanto tiempo? ¿Cómo no procuró V. impedir este funesto matrimonio, hablando en ocasión oportuna?

Parecióme que la vieja se tranquilizaba. Su voz se dulcificó.

—Señor (dijo con ternura): la señora, antes de entregar el alma á Dios, me hizo jurar sobre el crucifijo que tenía en las manos, que guardaría el secreto siempre.

-Pero no conmigo...., no conmigo.... ¿verdad?-le pregunté á mi vez , mirándola fijamente.

Vaciló un poco, y luego murmuró:

- —Es verdad...., no con V...., porque la pobrecita creía....
- —¡Qué! ¿ Qué creía?.... ¿ Qué yo lo sabía? ¡Qué horror!.... ¿ Que yo era cómplice?.... Hable V.

Bajó los ojos, y no contestó.

—¡Dios mío! (exclamé.) ¿ Es posible, Dios mío?.... Siéntate, pobre mujer...., siéntate junto á mí.... y habla....; dímelo todo...., todo lo que sabes...., todo lo que has visto.... ¿Cuándo sorprendiste esa infamia?.... ¿ En qué ocasión ?.... Porque la señora estaba enferma hacía bastante tiempo.

—Sí, señor; pero no era nada, nada peligroso. Los médicos lo decían, V. lo sabe...., y yo estaba muy acostumbrada á cuidarla...., la conocía mucho, y no podía equivocarme....; Oh! Bien recuerdo cuando empezó el peligro. El señor Conde recordará el día en que la señora Duquesa llegó á Valmoutiers, y se envió á buscar á la señorita Sabina. Pues aquel día, aquel día, estoy segura, fué cuando comenzó á matar á la señora....; aquel día aumentaron los sufrimientos de mi pobre señora.... Yo no estaba tranquila; el corazón me decía algo que me hacía temblar, y, mire V., yo empezé á observar á

aquella mujer.... Una tarde, al anochecer casi, oculta detrás de una cortina del gabinete donde se preparaban las medicinas...., al lado de la alcoba de la señora...., la vi sacar del bolsillo un frasquito y verter una ó dos gotas en la medicina que iba á tomar la señora. De pronto entré en el gabinete.

—«¿ Qué es eso, señorita?»—le pregunto resuelta.

Se había puesto un poco encarnada; pero me contestó con su sangre fría de siempre:

—«Son unas gotas que mi tío me ha dicho que ponga en la valeriana.»

Esto me dijo, y mentía, señor Conde. Cuando la sorprendí, era ya quizá muy tarde...., porque no sería la primera vez que lo hacía...., estoy segura.... Mi primera intención fué ir á contar á V. lo que había visto....; pero no me atreví.... Entonces se lo dije á la Señora; tuve el valor de decírselo....; Ah! Me persuadí

de que no decía nada nuevo á la pobre mártir...., y, sin embargo, me reprendió severamente.

-«Tú sabes bien (me dijo) que mi marido está siempre ahí cuando se me preparan las medicinas...: luego tendría que creerle culpable...; y oye, Victoria; antes que creerle culpable, quisiera cien veces recibir la muerte de sus manos.»

Y recuerdo, señor, que en el momento en que me lo decía mi querida enferma, salía V. del gabinete, y se acercaba V. á ofrecerle una taza de valeriana.... La señora me miró de una manera terrible...., que me confundió...., y bebió toda la medicina. Algunos minutos después se puso tan mala, que creyó llegada su última hora.... Me pidió su crucifijo, y entonces fué cuando me hizo jurar que jamás diría yo á nadie lo que habíamos sospechado.... Y entonces fué cuando envié á buscar al señor Cura.... Cuando todo acabó, el señor Tallevaut,

que se mostró tan sorprendido al llegar, ¿lo recuerda V., señor?....; el señor Tallevaut me preguntó, y le dije que las gotas que había encargado á la señorita Sabina que vertiera en la medicina para la señora, le habían hecho mucho mal....

— «¿ Qué gotas?» — me preguntó el Doctor, como si no comprendiera lo que le decía.

— « Esas gotas (le contesté) que la senorita Sabina ha traído en un frasquito.»

Se puso pálido, me miró un momento como si no en tendiera todavía,
movió la cabeza como quien no sabe qué
decir, y se marchó seguidamente...., y
cuando el día siguiente supe que se había muerto, pensé:— ¡ Ese infeliz se ha
matado!

Esto es, señor, lo que sé, lo que vi por mis propios ojos, y juro á V. por el santo nombre de Dios, por mi salvación, que no he dicho una palabra que no sea verdad. Calló Victoria...., y yo no supe qué decir....: cogí sus manos arrugadas y temblorosas, apoyé en ellas mi frente, y lloré como un niño....

Viva ó muera yo, es preciso que mi hija no tenga jamás contacto con esa miserable. Si mi vida se prolonga, yo lo evitaré; si muero, es preciso que alguien lo evite. Tomo las más seguras precauciones para que estas páginas estén, cuando yo no exista, en poder de Mons. de Courteheuse, tío de Alieta, y, en su defecto, en las de Gerardo, el hermano de la madre de la pobre huérfana. Estas líneas y las que preceden les harán conocer lo que de ellos espero.

Por mi contrato de matrimonio con Sabina Tallevaut, he provisto holgada, mente à las necesidades de su existencia, asegurándole el usufructo vitalicio de la mitad de mi fortuna personal, cuya propiedad absoluta dejo á mi hija, que ya es muy rica por su madre. No había creído lesionar con esto sensiblemente los intereses de mi hija. Sin embargo, cediendo á mi fatal pasión, he añadido en el contrato una cláusula, por la que mi fortuna pasaría en propiedad á Sabina, en el caso de que mi hija fallezca soltera. No es, pues, solamente del contagio moral de una mujer perversa del que se trata de preservar á mi hija, sino también de la mano infame de una criminal.

En cuanto al primer crimen que ha cometido, debo explicar por qué no procuro el justo castigo impuesto por la ley. Mis recuerdos personales, el testimonio indudable y preciso de la anciana Victoria, la muerte repentina y misteriosa del doctor Tallevaut, y, en fin, el conocimiento que he adquirido de los instintos y de los principios de Sabina, no me dejan la menor duda sobre la realidad del crimen. Si le dejo impune, no es porque me espante (por muy horrible que sea esta

idea) la acusación de cómplice que la culpable no dejaría de hacer pesar sobre mi; es que en mi alma y en mi conciencia estoy persuadido de que las pruebas del crimen, bajo el punto de vista legal, serían insuficientes. El veneno, puesto que es preciso pronunciar esta palabra siniestra, ha sido sabiamente escogido para que no dejara la más leve huella. El testimonio de Victoria, tan afecta á mi pobre mujer, y naturalmente tan hostil á la otra, sería sospechoso. En cuanto á los motivos particulares de mi convicción personal, por muy poderosos que sean, no podrían solos servir de base para una acusación criminal. El proceso, si se intentara, no produciría otro resultado que provocar un espantoso escándalo y deshonrar mi [nombre, el nombre de mi hija.

Lo que es preciso obtener, y á todo trance, es que esa mujer se aleje para siempre de París y de Francia. Habrá que hacer algún sacrificio considerable de dinero. Ella ama el dinero. Y añadiendo la amenaza, creo que se la podrá decidir. Cuento, por lo demás, intentar la prueba yo mismo, en cuanto haya recobrado fuerzas y sangre fría bastante para afrontar su odiosa presencia.

Esta infame se verá libre de todo castigo...., y otras muchas logran lo mismo...., y otras también, muchas más, lo conseguirán en el porvenir.... Á medida que las pasiones humanas—y entre todas, las pasiones terribles de la mujer—rompen sus antiguos diques y no reconocen otra ley ni otro freno que el Código, los progresos de la ciencia multiplican hasta lo infinito los medios de burlar el Código y cegar á la justicia.

10 Mayo.

¡Ha muerto creyéndome culpable!.... Esta es una idea que me aterra. Yo no idea) la acusación de cómplice que la culpable no dejaría de hacer pesar sobre mí; es que en mi alma y en mi conciencia estoy persuadido de que las pruebas del crimen, bajo el punto de vista legal, serían insuficientes. El veneno, puesto que es preciso pronunciar esta palabra siniestra, ha sido sabiamente escogido para que no dejara la más leve huella. El testimonio de Victoria, tan afecta á mi pobre mujer, y naturalmente tan hostil á la otra, sería sospechoso. En cuanto á los motivos particulares de mi convicción personal, por muy poderosos que sean, no podrian solos servir de base para una acusación criminal. El proceso, si se intentara, no produciria otro resultado que provocar un espantoso escándalo y deshonrar mi [nombre, el nombre de mi hija.

Lo que es preciso obtener, y á todo trance, es que esa mujer se aleje para siempre de París y de Francia. Habrá que hacer algún sacrificio considerable de dinero. Ella ama el dinero. Y añadiendo la amenaza, creo que se la podrá decidir. Cuento, por lo demás, intentar la prueba yo mismo, en cuanto haya recobrado fuerzas y sangre fría bastante para afrontar su odiosa presencia.

Esta infame se verá libre de todo castigo...., y otras muchas logran lo mismo...., y otras también, muchas más, lo conseguirán en el porvenir.... Á medida que las pasiones humanas—y entre todas, las pasiones terribles de la mujer—rompen sus antiguos diques y no reconocen otra ley ni otro freno que el Código, los progresos de la ciencia multiplican hasta lo infinito los medios de burlar el Código y cegar á la justicia.

10 Mayo.

¡Ha muerto creyéndome culpable!.... Esta es una idea que me aterra. Yo no